



#### REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 23.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Barro del Campillo, núm. 15.

#### SUMARIO.

Los dos caminos, por Mme. Bourdon.—Una herencia de llanto, por D.<sup>a</sup> Enriqueta Lozano de Vilchez.—A la sentida muerte de mi querida amiga la señorita P.... M..., poesía por D. Rafael Quintana Medina.—Solo un Dios y solo un culto, por D.<sup>a</sup> Enriqueta Lozano de Vilchez.—Seccion para los niños: La Virgen del Lago, por id.—Variedades.

### LOS DOS CAMINOS.

(Continuacion).

Ana no sucumbió, porque el dolor martiriza, pero no mata; y aunque el pensamiento del suicidio se presentase con frecuencia á su cerebro enfermo, la detuvo una oculta vergüenza: el temor de llamar la atencion.

Disgustada de todo, buscando como cierva herida un lugar aislado para sufrir y morir, salió de París y decidió vivir en sus posesiones de Vonvray, á donde no habia vuelto despues de su matrimonio. Así lo hizo la señora de Eronard, que en una hermosa tarde de Abril entró en aquel lugar desierto, antes tan animado y dichoso.

Reconoció todo, porque su alma habia sido fiel á los recuerdos de sus primeros años.

Los rayos del sol poniente enrojecian los cristales de las ventanas del castillo; los árboles descubrian las puntas encarnadas de sus nascentes hojas; millares de margaritas blanqueaban el còsped, y se oian en el campo las voces alegres y animadas de los pastores y de los aldeanos que labraban las viñas; paisaje siempre tranquilo y risueño; pero Ana no sabia sentir las bellezas de la naturaleza, y sin fijarse en el parque, lleno de lilas y embalsamado con los primeros olores de la primavera, entró precipitadamente en la casa, cuyo aspecto, por mucho tiempo inhabitada, era sombrío, y armonizaba mas con sus sentimientos.

La señora de Eronard estuvo muchos dias sin salir de sus habitaciones, donde vivia con el retrato de sus dos Fabianes y algunos libros traídos de París; no recibia á nadie ni abria las cartas que la dirigian.

Consumida de tristeza, sin lazos sobre la tierra, ni esperanzas de otra vida, pensaba siempre en aquel pasado que no existia, y que cual vana sombra se escapaba de sus brazos abiertos para cogerle, y en aquel misterioso porvenir que pro-



curaba no creer, y sin embargo la causaba espanto.

El impío cuando niega, aun duda; el cristiano con su fé, goza ya de lo que espera. También la memoria de su madre se la presentaba como la mujer fuerte, que confiada en las promesas divinas, supo oponer á la muerte la tranquilidad del justo. Y resolvió visitar su sepulcro, y salió por vez primera del castillo, dirigiéndose al cementerio de la aldea, donde habia sido sepultada la condesa en medio de los pobres que tanto amó y de sus colonos que la veneraron.

También estaba allí el conde de Vanvres. Dos losas de mármol blanco y dos cruces góticas, designaban aquel doble sepulcro. Quedóse Ana sorprendida al ver plantadas flores de todas clases sobre aquellas tumbas: alguien cuidaba todos los días aquel feston de violetas, rosas tempranas, ranúnculos y narcisos; y dos madreselvas se enlazaban sobre las cruces. Ana se arrojó por un movimiento involuntario, pero no pudo ni quiso orar.

Sus lágrimas, mucho tiempo contenidas, corrieron con amargura por sus mejillas, y se desahogó su oprimido corazón.... Pasos lentos que resonaron entonces, llamaron su atención: volvióse y reconoció después de treinta años de ausencia, á un anciano que era el sepulturero de la parroquia.

—Padre Gatien, le dijo; ¿quién ha plantado tan hermosas flores sobre el sepulcro de mis padres?

El anciano no la conoció, y solo entendió á medias su pregunta.

—Quién ha de ser, dijo murmurando, sino la vieja Nancy Gaspar, que viene siempre aquí á plantar, escardar y rezar su rosario. Á fé mia que así lleva treinta años.... Nunca he visto persona tan consecuente.

—¡Nancy! dijo la señora de Eronard, ¡pobre y excelente mujer! ¡casi la habia olvidado!... ¿Y dónde reside, padre Gatien?

—¡Pardiez! en su misma casita de Closaux Biches, allá abajo.... ahora está sola....

—Iré, se dijo Ana.

Y cogió una rama de un sauce que crecía junto á las sepulturas, dió una moneda al padre Gatien, que la tomó meneando la cabeza, y echó á andar por un camino que no habia olvidado desde su niñez.

Muy pronto divisó la casita vieja, construida con ladrillos y cubierta con una yedra y una parra que la estrechaban por todas partes.

Un campo de centeno, un prado donde pacían una vaca y tres cabras, y una huertecita, constituían la modesta propiedad de Nancy.

La puerta estaba abierta; Ana, que se detuvo

en el umbral, pudo ver varios muebles antiguos de nogal, que antes estaban casa de Filiberto, conservados con exquisito cuidado; una imagen en yeso de la Virgen y algunos grabados toscamente coloreados adornaban aquella pobre habitación: entre estos últimos, los generales y los Santos estaban confundidos, é indicaban haber sido elegidos por un militar y una mujer.

La rueca estaba junto á la chimenea; la habitación desierta; pero pronto se abrió la puerta interior, y una anciana que llevaba una jarra de leche entró, y se detuvo atónita ante la señora enlutada, que la aguardaba y miraba atentamente.

—Nancy, dijo la señora de Eronard; ¿no me conoces?

—¡Dios mio! ¡Es V., señora, mi querida señora! Sabia que estaba V. en el castillo; pero no esperaba verla, porque he ido muchas veces y me decían que no queria V. recibir á nadie.

—No te he olvidado nunca, querida Nancy.

—Y yo todos los días pedía á Dios por V., como si fuese de mi familia. ¡Cuánto ha sufrido V.! y á mí también me ha visitado nuestro Dios.... Pero su santa madre de V. decia que solo aflige á los que ama.

—¡Pobre mamá! con su muerte empezaron mis penas. ¿Sabes, Nancy, que soy viuda y que perdí á mi único hijo?

—Lo he sabido, amada señora, y también he llorado como V., porque sé cuánto cuesta al corazón.... y todas las semanas rezo el rosario por sus difuntos, para que Dios los lleve á las eternas alegrías.

—¡V. reza, Nancy! ¡Oh! ¡Cuán dichosa es V.!

—¡Ah, señora! si no pudiese rezar por los que ya no viven, me consumiria de tristeza, y esto me sostiene.... Cuando ruego á Dios por mis padres, por mi buen esposo y por mi hijo, mi amado Félix, me figuro que el Señor les permite ver que pienso en ellos, que nuestras almas viven juntas, y que los amo como cuando vivían, y esto me consuela.... Pediria por los muertos noche y día sin cansarme.

Ana no respondió; envidiaba á aquella pobre mujer, que en el naufragio de sus afectos habia sabido echar su áncora en el cielo. Dijo al fin:

—V. también ha perdido un hijo.

—El único que Dios me ha dado: un buen hijo.... era soldado.... marchó con su regimiento á Crimea, y murió del cólera en el hospital de Va....

—De Vama.

—Sí señora; ¡oh! murió como un santo; me escribió que me echaba de menos, y que sin eso estaba muy contento de ir al cielo. Porque tenía



muy buena conducta, ¡era tan piadoso! me parece que le veo allí con los militares San Jorge y San Sebastian, cuyas vidas nos leía su madre de V.

—¿Y no ha tenido V. otros hijos?

—Sí señora: una niña llamada Virginia, porque así se llamaba la digna madre de V., mi protectora: Y se la asemejaba mucho; buena y dulce como ella, es hoy hermana de la Cruz de San Andrés. Muy lejos está de aquí, pero sé que es dichosa, y hace caridad. Aunque pobre aldeana, tengo una hija que es esposa de Nuestro Señor; ¡grande consuelo para mí....

—¿Pero está V. sola?

—Por poco tiempo, porque ya no soy joven y pasados algunos años, quizá algunos meses, volveré á ver á mis amigos de la tierra en la casa de Nuestro Padre, que está en los cielos. ¿Se acuerda V., querida señora, de lo que nos leía su madre en el Nuevo Testamento?

«El ojo del hombre no ha visto, ni la oreja del hombre ha oído, ni el corazón del hombre ha comprendido, lo que Dios tiene reservado á los que le aman.»

—¿Y no teme V. la muerte?

—¡Ah! señora, yo no digo eso; mis pecados me causan miedo; pero el señor cura ha dicho, y yo lo creo, que servimos á un buen amo, y cuando tiemblo, me oculto en las llagas de Jesucristo, y me digo que no querrá condenarme, que me dará su eterna bienaventuranza.

—Nancy, ¡cuán dichosa es V. en creerlo así!

—Y V., querida señora, que es tan instruida, debe orar mejor que yo y amar á Dios mejor que yo, porque cuanto mas se le conoce, mas se le ama.

Ana suspiró, estrechó las manos de Nancy y la dijo:

—Puesto que V. ora, ruegue á Dios por mí.

Regresó al castillo triste y pensativa. No podía olvidar á su amiga, pobre mujer aislada, sin riquezas ni afectos en la tierra, y veía sin cesar su tranquilo semblante, en que el dolor y los trabajos habian dejado profundas huellas, pero que manifestaba la paz del alma justa; pensaba en el sublime lenguaje y en los nobles pensamientos de la aldeana ignorante que nada sabia de la tierra, pero que poseía con tanta seguridad todo lo del cielo; y comparaba su vida, sus sentimientos, sus ideas y aun sus afectos, y se veía inferior á la pobre Nancy.

(Concluirá).

## UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(Continuacion).

«Empecé á dejarme ver mas del miserable; empecé á no huir cuando le distinguía, y esto sin duda aumento su audacia, pues un dia en el bosque y ante el mismo banco, en que acostumbraba sentarme ví trazadas en la arena estas solas palabras.—Si alguna vez lograrse hablaros, os daría razon de una prenda que lloráis perdida.—Yo me estremecí de placer, al fin iba á vengarme.

«Sin cuidarme de averiguar el modo con que él habia llegado hasta allí, borré con el pié aquellos caracteres, y tomando una pequeña rama tracé á mi vez estas frases:—Os comprendo, soy madre y espero esta noche con ansia noticias de mi hija—y me alejé de aquel sitio para dejar lugar á que pudiera ver mi respuesta.

«En aquel instante, envié á mi fiel Andrés, á la casa del magistrado para que avisase, y así, pudieran sorprenderle.

«Cuando llegó la noche me convencí que habia visto las palabras que yo escribiera, pues le ví aparecer en el mismo sitio que otras veces, y aun tratar de acercarse con mas decision que antes.

«Mandé que todos los criados se retirasen, y finjiesen estar recogidos para darle mayores seguridades, y hasta, Dios me perdone, me deje ver dos ó tres veces tras de mis cortinas, para entretenerle en aquel sitio, mientras llegaban los que yo esperaba.

«¡Con qué ansiedad aguardé; con que afán miraba á aquel hombre á quien odiaba tanto, y con cuánto anhelo observaba sus mas pequeños movimientos, temiendo á cada paso que se alejase antes de que le hallaran!

«¡Ay Armando! nunca podré pintarte la especie de placer insensato que sentí en mi corazón, cuando animado por aquella especie de cita dada por mí, le ví llegar á la puerta del jardín y abrirla sin hacer ruido.

«Sin duda poseía una llave cuando así penetraba en mi casa y trataba de dirigirse al sitio en que yo estaba.

«Mis sienes latían con violencia, mis ojos extraviados se fijaban en él con indecible aborrecimiento; por fin iba á vengarme, por fin iban á encontrar en él alguna culpa.

«Avanzó hasta colocarse debajo del balcón en que yo me hallaba, inmóvil y petrificada, y dirigió una mirada en torno buscando quizá el medio de llegar hasta mí.



«La escalera del jardinero estaba cerca: la luz de la luna se la hizo ver, y pronto la asió con mano atrevida, y la colocó al pié del balcon.

«¡Oh! si tardaban en venir qué iba ser de mí!

«Por fin, el ruido de muchos pasos y la luz de algunas antorchas se percibió distintamente, y yo al verla grité sin poder contenerme,

—«¡Por aquí, por aquí! sin pensar que aun estaban lejos.

«Avendaño se estremeció de cólera: me miró desde abajo un instante y exclamó de modo que pude oírlo:—Me habeis tendido un lazo, quereis la guerra, y ya no habrá paz entre nosotros, os he amado con frenesí, pero este amor que me ha hecho culpable se trueca en odio, y se convertirá para vos en mar de lágrimas, y para mí en mar de remordimientos: hoy os arranco la honra, mañana os arrancaré á vuestro hijo. Oh, bien hice yó en venir prevenido!—Y sin que yo supiese explicarme su intento sacó con rapidez un papel de su cartera, le arrojó en el suelo, desapareciendo despues sin que pudiera explicarme por dónde, pues no le ví llegar á la puerta por donde habia entrado.

«Muy seguro debia estar de su impunidad pues no se apresuró ni se turbó por un instante.

«Un momento despues llegaba Andrés acompañado de algunas gentes de justicia, y registraban todo el jardin y todo el parque sin lograr encontrar á nadie.

«Solo hallaron la escalera apoyada contra el balcon, y un papel á su pié que se apresuraron á presentar al juez. En aquel papel decia, «Venid esta noche, os mando la llave del jardin para que llegueis hasta mí: soy vuestra y os amo como siempre.—*Emma*.»—Cuando me presentaron aquel escrito para ver si yo le reconocia, creí espirar de vergüenza y de espanto.

«El miserable dijo bien: venia prevenido y me deshonoraba para siempre. La llave hallada aun en la puerta del jardin era una prueba horrible en contra mia.

«Ya puedes comprender lo que pasó: se dijo que tenia un amante, se cubrió mi nombre de vergüenza, y por colmo de afrenta, los que habian estado espiondo á D. Diego declararon que en aquel dia no habia salido un instante de su casa!

«Esto era infame, era horroroso y yo sin poder resistir tantas emociones, caí víctima de una cruel enfermedad que me tuvo fluctuando por mucho tiempo, entre la vida y la muerte, entre la razon y la locura.

«De tal modo se trastornaron mis ideas que me negué á ver á nadie, y acobardada y deliran-

te, formé el proyecto de huir y de salvarte sobre todo.

«Llamé á un santo sacerdote, el párroco de la aldea inmediata, y deposité en su pecho todos los secretos del mio. Le participé mi designio de alejarme a un asilo ignorado, y él lo aprobó.

«Mi médico tambien convino en que partiera de la quinta, pues suponía que mi razon estaba estraviada y que un cambio completo de objetos y de lugares acaso podria curarme.

«¡Ay de mí! ¿sería verdad que habia algo de locura en mis terrores y en mi dolor? sería verdad que en mi mente se mezclaban la realidad y el delirio, producido por el esceso del sentimiento? no lo sé! hoy mismo no puedo decirlo! ¿Quién puede medir la profundidad de un abismo, si al fijar solo la vista en él su fondo nos horroriza!

«Solo sé, hijo mio, mi pobre Armando, que te hice salir de Aragon con nuestro buen Andrés, bajo el pretesto de perfeccionar tu educacion, pero en realidad por miedo de que aquel hombre no te robase á mi ternura como me habia robado á tu pequeña hermana.

«Que hice jurar á nuestro fiel criado que jamás se separaria de tí, que te haria vivir con un nombre supuesto, y que no te dejaria jamás volver á tu patria, ni usar el tuyo sin una orden mia, ó cuando menos hasta que hubieses llegado á tu mayor edad.

«Andrés era un hombre sencillo y leal que habia cumplido fielmente su mision sin preguntarme la causa de ella.

«Lejos, pues, de tí, lejos de aquel fiel servidor, único ser que se interesaba por nosotros; huyendo de mi deshonra, huyendo de las gentes que me juzgaban culpable, nuestro caudal se ha extinguido entre mis manos como un puñado de nieve se escapa disuelto de las manos de un calenturiento.

«Absorta en mis recuerdos, entregada á mi dolor, yo no he pensado en nada de esto, hasta que hoy, al borde de la tumba, miro tu porvenir destruido como fué destruida mi felicidad.

«¡Ay, Armando, dulce hijo mio, de quien he vivido separada y á quien confio al morir mis postreros pensamientos, ¿habré yo estado realmente loca en el período de estos años que he pasado sola y aislada en este retiro? ahora al pié de la tumba, cuando la mano de la muerte descubre ante mis ojos el velo mortal que los cubria, miro al pasado y le hallo tan opaco y tan sombrío que no puedo responder de él.

«De todos modos hay un hombre que me ha hecho muy desgraciada, dejándome viuda y cubriéndome de oprobio.



«Un hombre que te ha dejado huérfano y casi pobre, sin hermana y sin porvenir.

«La justicia de los hombres ha sido impotente para castigarle, y yo te encomiendo esta misión. Cúmplala tú: venga á tus padres, y sobre todo, hijo mío, guárdate de ese hombre, ocúltate para acercarte á él, cubre tu nombre con el misterio mas profundo, por que ¡ay! hasta en mi tumba estaré temblando por tí. Á Dios: si un rumor que manche mi memoria llega hasta tí, no le des crédito, hijo mío; tu madre muere inocente, y rogándote que laves la mancha que un miserable arrojó en su nombre. Si así lo haces, mi sombra velará por tí y pediré tu dicha en el cielo.»—EMMA.

(Continuación).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## Á LA SENTIDA MUERTE

DE MI QUERIDA AMIGA

LA SEÑORITA P..... M.....

¡Lo miro y no lo creo!  
 ¡Un sueño, dolorosa pesadilla  
 Parece á mi deseo  
 Lo que mis ojos ven! ¡Ay! ¡ya no brilla  
 En tu rostro la rosa!  
 ¡En tu boca graciosa  
 Murió el clavel y la encendida grana!  
 Tus ojos para siempre se cerraron  
 Y su lumbré apagaron  
 Mas bella que la luz de la mañana!  
 De tu amoroso acento  
 Ya nunca escucharé la melodía  
 Que á mi abrumado y triste pensamiento  
 Con regaladas notas, distraía!  
 Pronto, muy pronto tras la losa fría  
 Te esconderás por siempre de mis ojos!  
 Y aquella tu hermosura  
 En la triste y helada sepultura  
 Convertiráse en pálidos despojos!

Y en tanto ¿qué se ha hecho  
 De tu virtud, de tu bondad querida,  
 De aquellos sentimientos que en tu pecho  
 Brotaban, para encanto de tu vida?  
 ¿Han muerto como muere  
 La pura esencia en las marchitas flores,  
 Cual mueren los rojizos resplandores  
 De la llama en el fuego ya extinguido?  
 ¡Ah! no, no puede ser, es imposible!  
 ¡Oh! qué sarcasmo horrible  
 Fuera entonces ¡ay Dios! haber nacido!

¡Es imposible, sí! Hay una esencia  
 Divina en nuestro ser, que otra existencia  
 Mas allá de la tumba, eterna alcanza!  
 Tengo fé y esperanza  
 En esa nueva vida,  
 Cuyo recuerdo, fijo en mi memoria,  
 No me obliga á temblar por la partida  
 Ni afanarme del mundo por la gloria.

Adios, ¡oh tú mi amiga mas querida!  
 Dí á mi madre que nunca la he olvidado  
 Y que tan solo anhelo  
 Que me guarde un lugar, que esté á su lado,  
 Cuando yo arribe á la mansion del cielo!

Rafael Quintana Medina.

## SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuación).

«Un día mi madre me rogó que la acompañase al templo: era el aniversario de la desastrosa muerte de mi padre, y ella, pura y ferviente cristiana, quería ofrecer algunos sufragios por él.

«Con mil pretestos, me negé á su demanda, y ella fijando en mí sus ojos me miró con una expresión de asombro y estrañeza que jamás olvidaré.

«Algunas lágrimas temblaron en sus pestañas y oprimiendo mi mano me suplicó con tal insistencia que cediese á su deseo, empleo frases tan dulces, tan tiernas, y tan amorosas, que yo á la verdad no encontraba medio de resistir.

—«Oh! me dije á mí mismo, esto es cruel: ¿que haré? yo no puedo ir con ella, y si le revelo la verdadera causa de mi negativa su dolor va á ser incalculable.

«En esta incertidumbre obté por un medio que á mi entender podía conciliarlo todo.

—«Iré con ella hasta cerca de la iglesia, pensaré, y allí fingiré un olvido, una ocupación cualquiera para no seguir adelante.

«Con esta idea aparenté estar dispuesto á complacerla y ofreciéndole el brazo salimos ambos de casa.

«Mi madre iba preocupada.

«Mi inusitada negativa la habia preocupado sin duda, pues ni una palabra salía de sus labios.

«De pronto y al desembocar en una de las plazas mas públicas nos vimos detenidas por



»algunas mujeres del pueblo que se dirijian al mercado.

»Una de ellas fijó en mí una mirada, y dijo con voz clara á sus compañeras.

—»Mirad, ahí vá el impio que dice que no debemos rezar á la Madre de Dios.

—»Sí, sí: contestó otra, yo le conozco: es el protestante que predica en contra de Dios y de los Santos! lástima de prision! mejor estaria allí que embaucando á nuestros maridos y á nuestros hijos.

»Mi madre se detuvo bruscamente: oprimió mi brazo y me dijo azorada.

—»Oyes? por quién hablan esas mujeres?

»Nada le contesté, pero mi semblante debia estar lívido.

—»Por quién hablan esas mujeres? volvió á preguntar mas alto creyendo que yo no la oía.

—»¡Tomal! ¿por quién ha de ser? contestó la mas descarada de ellas, que apercibio aquellas palabras, ¿por quién ha de ser? por esa buena alhaja que lleva á V. del brazo, que se ha empeñado en traernos aquí otra ley que la de Dios.

—»Buena mujer, V. se equivoca, exclamó mi madre temblando, mi hijo no es capaz....

—»Bah, bah!, si todo el mundo le conoce ya á él, y á la mala pieza de su compañero; pero sepa V. que por mas que digan y que prediquen no adelantarán nada, y si se empeñan en otra cosa hasta las mujeres correremos detrás de ellos para echarlos de aquí.

—»Sí, sí, guitaron todas, les echaremos, les echaremos, ¡pues no faltaba mas!

»Sin duda aquellas mujeres hubieran continuado en sus palabras agresivas, si no hubiesen notado la palidez, y la alteracion de mi pobre madre.

»Esto las conmovió.

»Hay en el dolor verdadero algo que impone, que subyuga y que se trasmite al alma.

»Así sucedió entonces.

»Por un instinto del corazon comprendieron, apesar de su rudeza aquellas hijas del pueblo, que acababan de traspasar el pecho de aquella anciana, y mirándose unas á otras.

—»Pobre señora! dijeron alejándose de nosotros sin volver á proferir una frase mas.

»Yo estaba aturdido.

»El brazo de mi madre temblaba sobre el mio y apenas podia sostenerse en pié.

»Al cabo de un instante, y cuando nadie podia oírnos,

—»¡Ahora lo comprendo todo! murmuró con un acento profundo y concentrado. ¡Oh! no, no vengas conmigo, quedaté ya: Dios, á quien voy

á pedir que me dé fuerzas para soportar este nuevo golpe, se ofenderia de verte entrar en su santo templo!

»Y con paso inseguro y vacilante se separó de mí, dirigiéndose á la iglesia cuyas campanas parecian llamarla desde lejos con una voz que yo no podia entender ya.

»Aquella escena inesperada rompió el último lazo que ligaba dulcemente mi corazon, poniendo una valla entre mi madre y yo.

»Sí, Consuelo, desde entonces jamás volvió á existir expansion, ni alegría, ni dicha en nuestra casa.

»Aquella triste anciana habia recibido de mi mano un golpe demasiado violento para poderle soportar.

»No se quejó, no pronunció una sola palabra, pero yo la ví, desde aquel dia consumirse y decaer!

»Luchando por un lado con mi arrepentimiento, con el dominio que Williams ejercia sobre mí, con mi impotencia para retroceder en la senda que habia emprendido, mi vida fué un infierno desde entonces.

»Loco, desesperado, corrí de una en otra orgía, de un garito en otro garito, y el juego, la embriaguez, el desórden llenaron mi vida por completo.

»Y qué iba á hacer? que partido me quedaba? no sabia trabajar: solo habia aprendido á derrochar y á gastar; las personas honradas empuzaban á rechazarme, por que el género de existencia que llevaba les hacia comprender que mi apóstasia era hija de un corazon corrompido, y no de un extravio de la imaginacion: solo me quedaba Williams; Williams que me amenazaba á cada paso con la revelacion de mi crimen, y que me obligaba á obedecerle con aquella frialdad y aquel cálculo que siempre le habian sido peculiares.

»Y entre tanto mi madre se moria de pesar, y yo no podia consolarla, por que confesárselo todo hubiera sido acabarla de matar.

»Los médicos solo explicaban su enfermedad por un gran abatimiento moral, por un gran decaimiento físico que la ciencia no alcanzaba á curar.

»Solo me aconsejaron algunas distracciones, un viaje..... todas esos medios que solo sirven para prolongar una agonía!

»Yo sin embargo acepté todo esto con afán.

»Hable de ello á Wamprey y le dije que estaba resuelto á salir de Barcelona, y que era necesario que me proporcionase los medios para ello.

—»Tienes razon, me contestó: te conviene



## SECCION PARA LOS NIÑOS.

## LA VIRGEN DEL LAGO.

(Continuacion).

Sin embargo, una voz vibrante, en medio del silencio general, se dejó oír á la puerta del salón, y una mujer con la angustia pintada en el semblante apareció en su entrada, dirigiendo en torno una mirada extraviada.

—¡Marina! exclamó la triste Cristina volviendo la cabeza en aquella direccion, y estremeciéndose por aquel acento; ¡Marina!

Ésta siguió la direccion de aquella voz tan querida, y corrió hacia la niña sin fijarse en nada de cuanto la rodeaba.

—¿Quién ha dejado llegar hasta aquí á esa mujer? gritó Urbano á sus servidores; por los Dioses que ella y vosotros vais á pagar cara esta insolencia.

—Señor, contestó uno de ellos; no hemos podido cerrarla el paso: ha penetrado á viva fuerza sin querer oír nuestras negativas.

Marina, entre tanto, habia llegado junto á su hija adoptiva, y la miraba estática sin poder comprender cómo aquellas facciones tan queridas se hallaban tan pálidas y tan trastornadas en tan poco tiempo.

Al fin lo comprendió todo: vió á los criados armados aun con los fatales garfios, vió á Urbano iracundo y sombrío, vió, en fin, la multitud que la rodeaba, y loca de dolor,

—¡Infame! gritó; ¿para esto querias separarla de mi lado? ¿es ésta, cruel, tirano, la flor que has arrebatado de los prados de Tiro? ¿esta la estrella que ayer iluminaba su cielo? ¿es ésta la hija que te entregué? ¡Ay! yo te emplazo ante el tribunal supremo del Dios á quien desconoces, yo te emplazo allí para que des cuenta de tu accion: tú no has querido tener piedad de tu sangre y Dios no la tendrá de tí! Tú no has querido ser un padre para Cristina, y su padre celestial que está en los cielos, te rechazará y no te reconocerá jamás por hijo! ¡guarda el castigo que yo te anuncio! tú morirás en breve, porque en la tierra no cabe una fiera como tú!

La voz de Marina se apagó, y la pobre mujer cayó sin aliento en el duro suelo.

Aquel esfuerzo, aquella emocion habian agotado todas sus fuerzas.

—Llevala de aquí, exclamó el gobernador dirigiéndose á sus esclavos; llevala de aquí, y antes que vuelva de ese letargo, sumidla en el sueño de la muerte.

«partir; de todos modos, aquí ya de muy poco podemos servir á nuestra causa, marcharás, irás donde quieras; pero es forzoso que dejes esos hábitos de gran señor, y que vivas mas modestamente, nuestros aliados se quejan de lo caro que le cuestan tus servicios, y es preciso que te rehabilites á sus ojos.

«Acepté todas las condiciones que quiso imponerme, y preparé la partida. Estábamos en principios de otoño, y me propuse llevar á mi madre, á una de las bellas ciudades de la hermosa Andalucía, donde el sol alegra la existencia y donde las flores la embalsaman.

«Quién sabe si con el espectáculo de esta naturalaleza sonriente conseguiria hacerla olvidar!

«Ella cedió á mis deseos sin violencia pero sin alegría.

«Era una luz próxima á extinguirse sin fuerzas para oscilar.

«Salimos de Barcelona solos, Wamprey me dejó respirar con alguna mas libertad privándome de su presencia, quedando en reunirse conmigo muy en breve, y cuando la conveniencia lo exigiese.

«Pero las fatigas del viaje, la emocion que le produjo abandonar la ciudad donde habia vivido siempre, postraron de tal modo á mi madre que me fué imposible pasar adelante ni dar un solo paso más.

«¡Oh! Consuelo! jamás podré pintarte la amargura de aquellos dias en que miraba consumirse lentamente aquella existencia que me era tan querida.

«Mi madre era entonces el único amor de mi corazón, y al perderla me iba á quedar solo en el mundo.

«Además, ¿no era yo en algun modo causa de aquella muerte? ¿no habia en mi conciencia una voz que me gritaba eternamente, «tú has amargado los últimos dias de esa anciana tan desventurada ya en este mundo?»

«Oh! sí: por desgracia mia, yo no dejaba de oír estas frases tan crueles como acusadoras.

«Nos detuvimos pues en Madrid, y despues de consultar á algunos facultativos supe que mi madre iba á morir muy pronto!

«Á que lastimar tu corazón con el relato de aquellos dias de angustias, de aquellas noches de desesperacion? Bástete saber, que no tenía amigos ni conocidos en la corte, y que mis recorridos no eran muchos, dependiendo exclusivamente de lo que Wamprey queria hacer por mí.

(CONTINUARÁ)

Enriqueta Lozano de Vilchez.



—¡Oh! ¡padre, piedad, piedad para Marina; murmuró la niña con voz doliente.

—Ni ella ni tú la obtendréis; las víboras que se vuelven contra la mano que las toca, no merecen perdón. Víbora eres, que desconoces y afrentas á tu padre y yo te aplastaré bajo mi pié. ¡Ola! mis servidores, mis esclavos: encended una ancha pira, poned sobre ella una plancha de cobre, que ese es el lecho en que vá á dormir esa hija rebelde su postrer sueño.

Con el espanto en el semblante los sayones que rodeaban á Urbano obedecieron esta orden, y en breve Cristina fué conducida á este nuevo y horroroso suplicio.

—¡Dios mío! exclamó la niña; vos que sois mi desposado, haced suave para mí este tormento, que acepto por amor vuestro: trocad en lecho de flores ese lecho de fuego, que confiada en vos voy á ocupar!

Esta plegaria, esta ferviente súplica fué presentada ante el trono de la misericordia divina por un ángel: el ángel de la Guarda de Cristina, que sin desampararla un momento habia llevado su ruego hasta Dios.

Y Dios, fuente de amor, manantial de piedad, tesoro de omnipotencia y gracia, dejó caer sobre el cobre candente una sola gota del agua purísima que brotó de su costado, cuando espiraba clavado en la Cruz, y el calor se convirtió en frescura, y la llama que alumbraba, sin quemar, solo sirvió para iluminar el triunfo de aquella niña, que aceptaba el tormento por Él.

Cristina pudo sin temor reclinar su virgíneo cuerpo en la plancha ya roja, porque aquel cuerpo, no solo quedó ileso, sino curado de las heridas anteriores.

Y para mas mostrar el Omnipotente la plenitud de su poder, mandó á la muerte tocar con su mano la frente de aquel padre feroz, y un instante despues Urbano caía muerto repentinamente á los piés del suplicio que habia preparado á su hija.

El asombro de la multitud fué inmenso al ver á la niña bella, pura y salva, sin haber sufrido el menor daño, y al tirano sin vida para continuar su culpable obra.

Cristina acaso hubiera quedado libre una vez muerto su padre; pero rápidamente y sin dar un día de trégua, el patricio Dion, mas sanguinario y mas cruel que Urbano, fué nombrado sucesor de éste, y empezó á ejercer su terrible cargo, continuando en la persecucion de la pobre niña, que no tenia en el mundo mas escudo que su pureza y su ardiente fé.

Dion no quiso mostrarse mas débil que su antecesor, y con un lujo de barbarie inaudito, man-

dó preparar un gran receptáculo lleno de aceite y pez hirviendo, para sumergir en él á la tierna Cristina, y hacerla morir así á la vista de todo el mundo.

Los sicarios del nuevo gobernador obedecieron, aunque con visible repugnancia; pero al ordenarles que sujetasen á la santa niña, y que á viva fuerza la hiciesen entrar en el aceite y la pez, que ardian sin cesar, dieron dos pasos atrás y acaso se hubieran negado á cumplir aquel mandato, si Cristina misma, serena, tranquila y confiada de nuevo en el poder de Dios, no se hubiera arrojado en aquel suplicio que llenó de horror á cuantos le presenciaron. —(Concluiré).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## VARIETADES.

### INDICADOR INFALIBLE DE LAS TEMPESTADES.

Vamos á dar á conocer hoy á nuestros lectores un sencillo aparato tan fácil de construirse, que lo puede hacer cualquiera, y de utilidad tan práctica, que anuncia de modo infalible el momento para precaverse de las consecuencias de una tormenta, de prepararse y aventurarse ó no á una operacion cuyo buen ó mal éxito dependa del tiempo ó estado de la atmósfera en que se ha de hacer.

El indicador infalible de los temporales consiste únicamente en un frasco de cristal claro y tapon esmerilado, de 260 gramos de cubida, que se llena de éter sulfúrico. Añádense dos gramos de clorhidrato de amoníaco, dos idem de nitrato de potasa puro, y dos idem de alcanfor depurado.

Tápese el frasco lleno con un tapon ajustado; se lacerá y adapta al cuello un pedazo de baldés que se asegura cuidadosamente con unas vueltas de hilo encarnado, y déjese en reposo donde esté espuesto á la inclemencia y á la vista de los que la hayan de consultar:

- 1.º El buen tiempo fijo se anunciará en el líquido por su completa limpidez y la precipitacion de las sustancias contenidas.
  - 2.º El vario por la suspension y ligero movimiento de las partículas en el fondo del frasco.
  - 3.º La lluvia, por el enturbiamiento más ó menos pronunciado, segun la intensidad ó duracion del temporal.
  - 4.º La gran lluvia, por la suspension total de las partículas y el gran enturbiamiento del líquido.
  - 5.º La tormenta, por enturbiamiento del líquido y la agitacion en círculo de las partículas.
  - 6.º La gran tormenta, por el mayor enturbiamiento de que es susceptible y el movimiento en torbellino, casi de ebullicion, de las partículas.
  - 7.º La cesacion de los temporales por la disminucion sucesiva de los fenómenos que lo indican.
  - 8.º Los vientos de que proceden y que han de reinar, por las partículas hacia el lado opuesto.
- El hielo, nieve, granizo y todos los fenómenos meteorológicos se deducen naturalmente de la combinacion de los aires, de la estacion y fenómenos que ofrece la mezcla indicadora.

GRANADA:

IMPRENTA DE D. FRANCISCO REYES,  
calle Alta del Campillo.